

La sombra de la poesía en el muro de la novela.

Comentario sobre una obra de Bertha Balestra

Creo que he tenido el privilegio de conocer desde siempre —es decir, desde el principio de los tiempos— la obra maravillosa de Bertha Balestra. Ha llegado a mí como una de esas olas que crecen desde alta mar y poco a poco van inundando de sal y esperanza la playa del mundo. La he visto atravesar los difíciles territorios de la imaginación, para entregarnos, una y otra vez, las más hermosas aproximaciones a la realidad. Tengo la suerte, pues, de asombrarme con frecuencia ante el talento de esta escritora que sueña y vive en Metepec, pero trasciende las fronteras de la tierra para llegar a todas partes con su voz de viento y fantasía.

Hoy puedo decir, sin embargo, con la sencilla autoridad que me brindan la amistad y la admiración por Bertha, que *Sombras en el muro*, la novela que hoy nos convoca en fiesta y devoción, es, hasta el momento, su obra más brillante; una de esas creaciones que llegan de repente, como apariciones insólitas, y se quedan permanentemente en las letras de cualquier literatura. Puedo afirmar, sin la facilidad del elogio necesario y con la certidumbre del lector crítico, que la autora nos ha entregado aquí una muy particular y sagaz visión de un tormentoso periodo de la historia relativamente reciente de España y América Latina.



Sombras en el muro, Bertha Balestra, México, UAEM/IMC, 2005, 224 p.

La COLMENA 48, octubre-diciembre 2005.

Me siento autorizado para decirles, de una vez, que estamos en presencia de una obra que nos sorprende e ilumina tanto por su tema como por su excelente realización novelesca.

Sombras en el muro es una de esas novelas escritas con la habilidad de una escritora madura y el corazón ardiente de la eterna enamorada, que son los ingredientes indispensables para nacer y morir en cada página; esto es, en cada minuto de la existencia misma. La historia se desarrolla en España, Chile, México y Canadá, a lo largo de un convulso periodo del tormentoso siglo XX, en que los hombres creyeron que podían cambiar el mundo, y la historia se encargó de cobrarles su terrible arrogancia con el dolor y la guerra.

En ese contexto, Bertha Balestra ha sabido entrelazar dos historias paralelas de gran interés humano y artístico; en primer lugar, la del poeta Antonio Machado y su relación con la casi mítica Guiomar, narrada a partir de una cuidadosa investigación y apoyada en el libre juego de la imaginación. He aquí una maravillosa historia de amor, de ese verdadero e inasible arrebatado del alma que todo lo puede y, a su vez, todo lo debe, todo lo pierde, nada completa, siempre termina en la loca ansiedad, y en la soledad y ausencia.

Hay una segunda historia, también de gran importancia humana, pero más apegada a la recreación ficcional, sobre la base de personajes y hechos verídicos. Bertha Balestra cuenta la historia de Juan Giráldez, un español que desde niño ha soñado con ser director de orquesta y llegar a conducir la ejecución de una obra de Wagner; es un sueño por alcanzar, con la música, la magia de *El anillo de los Nibelungos*, el territorio perdido de la mitología donde las doradas valquirias aman y matan con sus flechas de hierro. Pero Juan es sorprendido por la Guerra Civil y termina en la cárcel, víctima del incomprensible azar; condenado a ver o imaginar, en una especie de muro sartreano, como en una pantalla, la proyección de su posible vida futura.

Como dice Antonio Machado en uno de sus *Proverbios*, "¿Por qué llamar caminos / a los sur-

cos del azar...? / todo el que camina anda / como Jesús, sobre el mar". Así, sobre estos surcos del azar, atravesando la mar que une y separa los continentes, el relato conduce al lector a Chile, presenta el asombroso panorama de la Antártida, recorre la columna vertebral de nuestra América, desemboca en Canadá, y hace finalmente un periplo por el tiempo y la circunstancia del ser humano, para devolvernos a ese muro insoldable ante cuyas sombras Juan Giráldez sigue soñando y sufriendo. Es el mundo circular y onírico que escribió Calderón, para quien no sólo todo es del color del cristal con que se mira, sino que el delito mayor del hombre es haber nacido.

Las *Sombras en el muro* de Bertha Balestra son, en realidad, una sutil alegoría de la existencia humana, sometida a los caprichosos designios de la historia, a la circunstancia inexorable del destino. El poeta que ama, el entrañable Machado que nos revienta el alma con cada línea, no puede escapar del maleficio humano, más que humano, de la guerra fratricida y cruel que lo separa de su único y definitivo amor por Guiomar. El personaje ficticio, ese Juan Giráldez basado quizás en alguien real, tampoco puede evadir las sombras que le impiden alcanzar la felicidad y debe recorrer, como un errante sin destino, las rutas del exilio y la soledad de ser.

Toda la novela está escrita con la sustancia dulce y dolorosa de la poesía, en la cuerda terrible de ese Machado que manda a su Guiomar cartas secretas y versos inolvidables: "Hoy te escribo en mi celda de viajero, / a la hora de una cita imaginaria. / Rompe el iris al aire el aguacero, / y el monte su tristeza planetaria..." Y es ahí, en la nostalgia, en la poesía, en la percepción profunda de esa suprema angustia de vivir, donde la autora de este libro singular alcanza su mayor realismo y nos transmite su más hermoso mensaje. Porque finalmente, y por encima de todo, Bertha Balestra nos dice aquí que amar, ese verbo intransitivo y cruel, es una irrevocable condición humana, más allá de las sombras de la historia, en el muro luminoso de nuestro espanto vital. LC